

sino lo contrario: la infidelidad a ella. La novela refleja la interioridad humana, la historia que no fue, porque el hombre no se resigna a que la realidad no responda a sus deseos y ocurra de otra manera. La ficción no se ocupa en completar la historia con lo que no sucede. Esto lo hacen los malos novelistas. Los buenos narradores nos dan en sus libros esa realidad que la realidad descrita por la historia no puede darnos. Hacen la historia de nuestras fantasías, nuestros deseos insatisfechos, nuestros demonios.

J. E.: El novelista utiliza la memoria y la historia, pero hace trampas con ellas. Las grandes novelas se añaden a la historia, dándole un elemento de interioridad que no tiene. Aunque el novelista ficcionaliza la historia, su resultado es una clave de la historia misma. Proust nos hace entender la sociedad de fin de siglo mejor que muchos historiadores.

M. V. Ll.: Eso ocurre porque Proust da los elementos que la historia no puede dar: los fantasmas de una época, las mentiras de una época. No somos sólo nuestra verdad, la que cuenta la historia, sino que también somos nuestras mentiras. Somos lo que hemos hecho y lo que nos ha ocurrido, pero también lo que soñamos y deseamos, pero que nunca nos ocurrió.

J. E.: La literatura es la historia de las contradicciones del deseo. Proust, más que nadie, hace la historia del deseo contrariado, la historia del objeto del deseo como fantasma. Algo personalísimo, privadísimo que, sin embargo, refleja un mundo que está en la realidad, aunque el reflejo sea arbitrario y fantasioso.

Política y literatura

M. V. Ll.: En materia política, creo que Jorge y yo hemos tenido una formación similar. Nuestra generación literaria, en América Latina, se formó con la idea de que la literatura es indisociable de una cierta actividad política, que exige del escritor algún tipo de participación en el debate cívico. En los años cuarenta y cincuenta, en América Latina, muy pocos cerraban sus oídos a estas voces del exterior, algunas de ellas muy prestigiosas, como la de Jean-Paul Sartre, decisiva en mi caso. Devoré *¿Qué es la literatura?* (*Situaciones 2*) y me dio toda una concepción de lo que es escribir, para qué sirve la literatura, qué debe hacer un escritor para que su obra no sea el mallarmeano «bibelot de inanidad sonora». Las palabras son actos y pueden influir en la historia, es imposible esquivar el propio tiempo y quienes pretenden hacerlo, apuestan por las peores opciones. Yo creí en todo esto y Jorge, aunque con menor entusiasmo, me parece que también. Él tenía una mayor formación estética, que lo defendía de esa ilusión que yo sí viví. La literatura era para mí un instrumento para cambiar la realidad, hacer la revo-

lución, transformar las consciencias, iluminar a los lectores sobre las verdaderas razones de la injusticia. En el París de 1960, todo el espectro intelectual compartía estas ideas. Desde Sartre a Raymond Aron, extremos opuestos, se creía que escribir es actuar. A fines de la década, estas ideas empiezan a perder vigencia. El propio Sartre se desilusiona de esta convicción y deja de hacer literatura. *La náusea* no sirve de nada ante un niño que se muere de hambre, etc. Para muchos escritores, hoy es anacrónico pensar en el compromiso sartreano. No obstante, para gente como Jorge y yo, es imposible dissociar la literatura de la problemática cívica y social. Ciertamente, ya no creemos, como en nuestra juventud, en el poder transformador de la literatura. Me preocupa que muchos jóvenes vean esta postura como una ingenuidad ridícula, un romanticismo obsoleto. Para ellos, la literatura no es más que un entretenimiento –nada menos– creativo, original, brillante, pero de ninguna manera una forma de acción.

J. E.: Tengo cinco o seis años más que Mario y cuando leí el ensayo de Sartre tenía cierta formación, sobre todo estética, y no me influyó de la misma manera. Mis primeras lecturas fueron poéticas: Neruda, Vallejo, Eliot, Rimbaud, Baudelaire. Empecé escribiendo poesía. Era bastante mala. Me di cuenta de que no podía ser poeta y me pasé a la prosa. Mis primeras admiraciones en este terreno fueron Joyce, Faulkner, Borges, Kafka, de tal manera que, cuando comencé a escribir narraciones, no me sentí llevado a hacer una novela de tipo político. Me metí a diplomático, por dos razones: porque no sabía de qué se trataba y porque pensé que la diplomacia permite viajar y tener tiempo para escribir novelas. Luego comprobé que la diplomacia sólo sirve para conocer aeropuertos. En verdad, mis inquietudes sociales provienen de las enseñanzas de algunos jesuitas muy interesados por los problemas de pobreza y marginación en Chile. Yo provengo de una familia burguesa muy cerrada y la burguesía chilena, ante ciertos conflictos sociales, tiene actitudes brutales y torpes. En esa encrucijada me encontré con Sartre. Yo admiraba sus ensayos y, sobre todo, sus artículos, aunque sus novelas me aburrían bastante. El Sartre que terminó gustándome más fue el de sus memorias, el de *Las palabras*. Pero mi primera influencia juvenil fue Joyce, acaso porque él y yo salíamos de un colegio de jesuitas. Me ayudó a liberarme de la influencia católica y a tomar distancia de la Iglesia. Por otra parte, según dije, el colegio de jesuitas también me hizo ver los problemas sociales de mi país, de modo que desemboqué en la izquierda, aunque no de manera completa. Miré la izquierda con cierta duda y cierta distancia un poco escéptica. Esto me alejó de cualquier militancia partidaria. Nunca he intervenido en la política activa ni he sido candidato a ningún cargo. Y la verdad es que me hubiese gustado ser al menos postulante de regidor municipal en provincias, porque ha faltado a mi vida ese contacto con un elec-

torado, con gente que tuviera problemas muy concretos, muy locales. Chillán, por ejemplo, donde pasé tantos veranos de mi infancia y que tenía un mundo indio fascinante.

Izquierdas y derechas

M. V. Ll.: La diferencia entre izquierdas y derechas tiene vigencia porque sigue en uso y todo lo que se usa cumple, de alguna manera, una función. Ahora bien: sus contenidos han cambiado sustancialmente en los últimos veinte o treinta años, aunque no todos los que utilizan dichos términos sean conscientes de ello. La izquierda del sesenta era esencialmente revolucionaria, antiinstitucional. Las instituciones establecidas no podían resolver los problemas porque eran parte central de los problemas, justamente. La derecha defendía lo establecido, las instituciones, el orden existente. Hoy, en la mayoría de los casos, la izquierda defiende las instituciones establecidas, es un pilar fundamental del *status quo*, con lo que coincide con cierta derecha, en tanto otra derecha, digamos marginal, quiere cargarse todas esas instituciones. De todos modos, siempre habrá un punto de distinción entre izquierda y derecha: la asociación entre política y utopía. El hombre de izquierda buscará siempre la utopía y no acabará nunca de aceptar la realidad tal como es. La derecha es pragmática, antiutópica, pedestre, gestiona de lo existente, negociadora con la realidad. Lo que ha pasado y creo que no volverá es la idea socialista de traer el Paraíso a la Tierra, revolucionar radicalmente la sociedad y crear otra sociedad con bases totalmente nuevas, justas, humanas. Esta tradición socialista fue exterminada por el gulag, la violación de los derechos humanos en el llamado socialismo real, su catástrofe económica. Lo que se llama hoy socialismo y conserva su vigencia no tiene nada que ver con todo eso. Yo creí en aquel socialismo y Jorge, con mucho menos entusiasmo que yo, también.

J. E.: Recuerdo que íbamos con Mario a la embajada cubana de París los 26 de julio a manifestar nuestra solidaridad. Yo representaba entonces al gobierno de Frei, que estaba muy duramente enfrentado con Cuba, pero Chile era un país democrático y yo no corría ningún riesgo por hacer lo que hacía. Al contrario. Fui designado encargado de Europa Oriental porque el ministro me consideraba medio «rojo». Lo mismo cuando me tocó ser el encargado de negocios que reabriera la embajada chilena en La Habana. En Chile la diferencia entre izquierda y derecha era clara, pero en los países comunistas la cosa cambiaba mucho. La derecha era el *establishment*, el gobierno, los comunistas, en definitiva. La izquierda eran los disidentes. Siempre me llamó la atención la relatividad de estos conceptos. En nuestros